

Anheron

II - La Ruptura Del Equilibrio

Jorge Díez Miguélez

Prefudio

«La balanza siempre debe estar equilibrada. Ambos platillos deben tener la cantidad exacta de masa que haga que el empuje de uno siempre sea capaz de compensar la fuerza del otro.

El fiel debe conservar la verticalidad más absoluta, no debe inclinarse para ninguno de los dos lados, para ninguno.

Si por azar del destino, o malicia, o buen hacer de los agentes intervinientes se consiguiera desequilibrar la balanza hacia alguno de los dos lados, el equilibrio debería restaurarse lo antes posible, para lo cual, las fuerzas en desventaja podrán actuar rompiendo incluso las reglas y las normas vigentes.

El equilibrio de fuerzas es la clave de la perduración del universo. Los guardianes del equilibrio tomarán el poder absoluto cuando el desequilibrio se produzca.

El bien y el mal no deben predominar, deben compensarse y neutralizarse el uno al otro. El mal es maléfico en su propia esencia, un bien absoluto acabaría originando el mal por sí mismo. Ninguno de ellos debe tener supremacía sobre el otro.

No se puede concebir la idea del bien en ausencia del mal y viceversa. Si uno de ellos desequilibrase la balanza hacia su lado y rompiera el equilibrio, el caos se adueñaría del universo y de los seres que lo habitan. Esa situación debe ser evitada y corregida a toda costa.

Es Ley de Vida y así será por los siglos de los siglos.»

Shiamay cerró el libro lentamente pensando en el pasaje que acababa de leer. Un pasaje breve y conciso, escrito con una clarividencia y una sencillez que pasmaban por la importancia de su contenido.

La clave de la vida y la existencia de las razas resumida en medio centenar de líneas. El cebo que despejaba todas las dudas que rodeaban como niebla espesa la misión que le habían encomendado.

Absorta en los versículos del pasaje, y con el grueso tomo todavía entre sus manos, dejó que su mirada perdida se extraviase al exterior a través de la ventana de su habitación. Una leve sonrisa asomó en la comisura de sus labios. La luz se iba haciendo entre tanta oscuridad, la esperanza empezaba a tener consistencia. La silueta que, vagando entre sus sueños, le estaba dictando su destino y el de tantos mortales empezaba a tener un rostro. Un semblante desconocido, pero ya era un rostro al fin y al cabo. Las dudas de si estaba en el camino correcto iban quedando atrás. El sueño se le presentaba en este día como posible fuente de respuestas, en vez del origen de todo su malestar y fuente de dudas y pesares. Por primera vez en muchos meses dormiría tranquila, deseando soñar, deseando que el sueño le trajese las respuestas con las que afrontar la vigilia repleta de nuevas ansias.

Dejó el libro sobre la mesa y se recostó en el camastro observando las irregularidades del techo. Töll siguió su trayecto con la mirada, sin levantar la cabeza recostada en la tarima. Las luces del ocaso se filtraban por la ventana aportando curiosas tonalidades a las desnudas paredes. Hoy parecían tener un brillo e intensidad diferentes, más bellos, más intensos.

Unos nudillos repiquetearon sobre la hoja de la puerta con una cadencia familiar.

- Señora, le traigo la cena.
- Adelante, pase sin miedo.

Maese Centenford apareció por el dintel portando la comida sobre una bandeja. Su rostro reflejó sorpresa al observarla. Sin duda le había extrañado verla tumbada en la cama en vez de enfrascada en sus estudios. Depositó con cuidado el pequeño banquete sobre la mesa y se dispuso a marcharse.

- Si no desea nada más, subiré más tarde a recoger los utensilios.
- Gracias, Maese Centenford, es más que suficiente.

El posadero desaparecía cerrando la puerta tras de sí cuando la mujer le interrumpió.

- Disculpe, Maese Centenford. ¿Se ha consumido ya el pago que le hice al llegar por mi estancia en su posada?

- No se preocupe, señora, todavía le restan monedas para permanecer aquí otro tanto más.

Acto seguido abandonó finalmente la estancia cerrando cuidadosamente la puerta, como hacía cada día.

No le cabía duda de que era un buen hombre. Le tenía miedo, eso era algo palpable, pero a pesar de la falta de trato y de lo escueto de las conversaciones, se sentía apreciada por aquel hombrecillo y su familia. El trato se había tornado distinto entre ambos con el paso del tiempo, se había vuelto más displicente y menos tajante. Si ella les diera más pie, estaba segura de que la familia le trataría de una manera muy familiar. A lo mejor era el momento de comenzar a planteárselo.

Se incorporó del lecho y se sentó frente a la mesa dispuesta a darse un pequeño festín. El aspecto de la comida era agradable y el aroma le hacía parecer más apetitosa. Hacía tiempo que no tenía tantas ganas de comer. La ración era generosa como cada jornada. Apenas daba cuenta de la mitad del plato en cada comida, pero las raciones que le servían siempre eran abundantes a pesar de todo.

Comió como no lo hacía en mucho tiempo. El kobol se incorporó y se acercó lentamente hasta su vera para dar cuenta de la cena no tomada por su dueña. Últimamente estaba taciturno. Tanto tiempo en aquel lugar le estaba afectando. Shiamay se acostó tras terminar las succulentas viandas. Pronto cayó presa de un sueño que se presentaba plácido y reparador.

El ruido de la puerta la desveló. Entreabrió los párpados en su mínima expresión para ver al posadero entrando con suma delicadeza en la estancia. Nunca había osado entrar en ella cuando estaba acostada. La ausencia de los cubiertos en el pasillo frente a la puerta como era costumbre le habían envalentonado a entrar en la habitación a recogerlos.

Con tremenda sutileza recogió la vajilla. El hombrecillo abandonó la habitación con la misma cautela que había dispuesto para entrar en ella. Le regaló una última mirada desde la entrada repleta de ternura al creerla plácidamente dormida.

- Buenas noches, Maese Centenford.

La amable despedida de la mujer impactó como una bofetada sobre el hombre que, acongojado, cerró la puerta apresuradamente sin si quiera contestar.

Shiamay sonrió para sí y aprovechó para desnudarse y dejar la túnica colgada del gancho tras la puerta, mientras escuchaba el rítmico martilleo de los pasos del tabernero bajando aceleradamente los escalones rumbo a la cocina.



Descubre más sobre este libro en www.anheron.com